

RELATOS **TURBIOS**

Editorial
de
SM
México

CARLOS E. ZAVALETA

RELATOS TURBIOS

Carlos Eduardo Zavaleta

RELATOS TURBIOS

©Carlos Eduardo Zavaleta

Primera Edición Impresa: 1999

Primera Edición Digital: 2020

©Editorial "San Marcos"

Jr. Dávalos Lisson 135, Lima.

Telf. 424 - 6563

e-mail. Informes@editorialsanmarcos.com

Diseño de portada y Diagramación: Aníbal Paredes Galván
Editor de la Editorial San Marcos

Hecho el Depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 9972-46-095-9

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

PRÓLOGO

La aparición de esta nueva novela de Carlos Eduardo Zavaleta (*Caraz*, 1928) confirma el perfeccionamiento expresivo que su autor viene desplegando, sobre todo, desde los cuentos de *Vestido de luto* (1961). Ya su tercera novela, *Los aprendices* (1974), superó en aliento y ejecución a las dos novelas —cortas— iniciales: *El cínico* (1948) y *Los Ingar* (1955). No en vano habían transcurrido dos décadas entre los *Ingar* y *Los aprendices*. No en vano Zavaleta había logrado erigirse como uno de los mejores cuentistas peruanos contemporáneos, gracias a *La batalla* (1954), *El Cristo Villenas* (1956) y *Unas manos violentas* (1958), pero, en especial a *Vestido de luto*, *Muchas caras del amor* (1966) y *Niebla cerrada* (1970). Varios de estos cuentos aparecen en la antología *El fuego de la rutina* (1976), publicada por PELS-SA, en la colección Biblioteca Peruana y en otras numerosas antologías. Después de la publicación de *Los aprendices*, Zavaleta nos ha regalado otro libro maduro, con cuentos magistralmente plasmados: *Un día en muchas partes del mundo* (1979). Por otro lado, ha dado fin a un volumen de textos brevísimos, *La mirada que aumenta el mundo*, del cual podemos leer una selección acompañada de siete cuentos de reciente cosecha, en *La marea del tiempo* (1982). Paralelamente, ha terminado dos novelas: *Un joven, una sombra y la que ahora prologamos*.

De tal suerte que *Retratos turbios* resulta ser la quinta novela de Zavaleta. El pulso narrativo, el diseño de los personajes, el montaje de tiempos y perspectivas, la atmósfera febril y la textura de la prosa trasuntan un mayor dominio artístico. Zavaleta está a punto de igualar en el terreno de la novela, el virtuosismo que desde hace treinta años ha alcanzado en el cuento. De ser así, se ubicaría entre nuestros

mejores novelistas, tal como se ha confirmado con el éxito innegable de su gran novela *Pálido, pero sereno* (UNMSM, Fondo Editorial, 1997), que culmina, hasta ahora, su brillante carrera. Cabía esperar este salto en que se condujo, sin tropiezos, de menos a más; a diferencia de Julio Ramón Ribeyro (en el cuento cada vez más admirable, eximio ya en *Silvio en el rosedal*), cuyas novelas se han ido sucediendo en orden decreciente, malográndose el notable novelista que apuntaba en *Crónica de San Gabriel* y los primeros capítulos de *Los geniecillos dominicales*.

La comparación con Ribeyro viene a cuento, porque ambos son los integrantes de la llamada Generación del 50 con mayor versatilidad narrativa, tanto en lo concerniente a los temas que abordan como a los recursos expresivos que emplean. Por otra parte, ambos no han cesado de enriquecer y depurar su mundo creador (Zavaleta en el cuento y la novela, Ribeyro sólo en el cuento), brindándonos en los últimos lustros sus mejores páginas. En cambio, Congrains y Salazar Bondy se limitaron a asediar la ciudad y la costa; Vargas Vicuña, el campo y la sierra. Y si Salazar Bondy murió tempranamente, Congrains y Vargas Vicuña han optado por el silencio editorial.

La versatilidad temática de Zavaleta es incluso más patente. Abarca con igual soltura la costa y la sierra, la capital y los pequeños poblados, la ciudad y el campo. Se aproxima, en una dirección, al neorrealismo urbano de Congrains y Salazar Bondy; y, en otra, al realismo maravilloso (en su variante neoindigenista) de Vargas Vicuña. Tampoco deja de lado los aportes de la literatura fantástica, aunque éstos sin la nitidez que logran algunos cuentos de Ribeyro.

Esta versatilidad de situaciones y ambientes se condice con la conciencia generacional de Zavaleta (1). Para él, el grupo de narradores del 50 supuso un camino distinto del indigenismo predominante en la narrativa peruana de los años 1920-1950. No sólo porque se lanzó a retratar la urbe moderna, lo cual podría llevarnos a una esquemática oposición —hasta cierto punto ilustrable con algunas frases de Salazar Bondy— entre indigenismo y neorrealismo urbano,

sino fundamentalmente, porque prestó atención a "todas las sangres", al Perú como "país mayormente mestizo". Creemos que Zavaleta quizá acentúa demasiado el aporte de su "generación", ya que, por lo menos en *El mundo es ancho y ajeno* (1941), de Ciro Alegría, la óptica sensible a nuestro mestizaje no era desconocida en nuestra narrativa; por otra parte, los relatos de José Diez Canseco son, en gran medida pioneros de la nueva narrativa urbana. Sin embargo, valga la aparición de Zavaleta para caracterizar su propio universo narrativo, ancho y mestizo, interesado por toda la pirámide social y todo el espectro nacional.

Es el propósito de actualizar las técnicas narrativas el que tipifica a los autores del 50, diferenciándose de Alegría y Diez Canseco; gran conocedor de la literatura europea y norteamericana contemporánea, docente y traductor, Zavaleta acaso fue el que emprendió esa labor con mayor lucidez, preparando la gran renovación que en el 60 introducirían Mario Vargas Llosa, Oswaldo Reynoso y las últimas novelas de José María Arguedas.

Retratos turbios adviene como el mayor esfuerzo "totalizador" efectuado por Zavaleta hasta el año de 1982. Su integrador diseño congrega múltiples connotaciones sociales, políticas, geográficas, psicológicas, etc., por medio del contrapunto de los personajes. En el caso de los protagonistas, los primos hermanos Toño e Ismael, el juego de oposiciones se erige como la verdadera trama de la novela. Una rivalidad de polos complementarios que pugna entre sí, sin arribar a una síntesis auténtica, sólo a nexos falsos, impuestos, turbios. Súmese a este duelo central, la contrastante red que hilvanan Mónica, Martha, Maruja y Melisa — todas con la inicial M—, tendiendo una luz poliédrica sobre el personaje vertebrador Toño. Sobre su comportamiento turbio con su mayor destinatario, el verdugo-víctima Ismael, resultaría arduo detallar todas las connotaciones movilizadas por *Retratos turbios*, en la medida que desfilan el civil y el militar, la costa y la sierra, la pobreza y el arribismo, la migración dentro y fuera del país, la autenticidad y la hipocresía, la sensatez y la pasión, el desprecio y la envidia, la

inteligencia y la fuerza bruta, la rebeldía y el sometimiento, la necesidad de cambio y la defensa del orden existente, etc.

Estas connotaciones, además de aludir de modo inmediato a la realidad peruana, ostentan validez universal. Se sustentan, en última instancia, en dualidades esenciales de la experiencia humana, acerca de las cuales existe una extensa literatura en todas las latitudes.

Especial relieve adquiere el tema de las dos caras de Toño, instalado desde el comienzo de la novela (en una escena que nos recuerda el inicio de *Contrapunto*, de Aldous Huxley): "Entró a afeitarse y apenas se encerró en el cuarto de baño no pudo esconder la mirada en el espejo; el Toño de aquí seguía serio y se alistaba para el cóctel de un amigo, pero el otro se mataba de risa (...). Uno de los Toños se mataba de risa, pero colaboró en el afeitado, se puso muy compuesto en el momento oportuno, al rasurar el mentón y las comisuras; luego ambos quedaron en silencio..." (pp. 16 y 17).

Se trata de una doblez que delata algo más que fingimiento e hipocresía. No es que el "verdadero" Toño quiera a Mónica y finja amar a Martha. El Toño auténtico comprende ambas caras; como él reconoce, "necesita" a Mónica y Martha, las ama desde facetas diferentes. A la vez que recordamos el prestigioso tema del *doppelgänger* (el doble que somos, con nuestro lado oscuro), nos revela que el desdoblamiento proviene de la censura, la mutilación y la falsificación que la experiencia social, desde la infancia, ha generado en Toño. También Mónica se comporta sin limpidez, presa de sus ansias y de su falta de identidad. A su vez, Ismael (quien, al vestirse de civil, al final, teme que lo confundan con Toño) se propone parecer lo que quisiera ser, adueñarse de lo que nunca podrá poseer de verdad. Las relaciones entre los tres no son otra cosa que un turbio y dramático triángulo de destrucción: muerte de Mónica, despojamiento de Ismael y el remordimiento de Toño, dignos de observarse en esta valiosa novela (por su arquitectu-

ra, los retratos de personajes y el buceo psicológico), precursora de la aplaudida Pálido, pero sereno.

Ricardo González Vigil

1

Era el rostro de la mujer que amaba, por supuesto: pero así, arrugada la frente, fruncidos párpados y cejas, y sacudiéndose las hermosas mejillas chupadas, casi convulsionadas por una tos de odio y repulsión, así era lamentable mirarla. Tuvo que volverse al gran ventanal de vidrios polarizados y disimular su decepción con la vista verdosa y dulcemente apagada de la avenida Horacio, tendida debajo de él.

—Pero ¿por qué tenías que invitarla a nuestra casa...? —no, no era su voz de otros días, sino casi un ladrido, un infame producto de la tos de odio.

—No la invité a ella especialmente, entiéndeme... —deletreó—. Invité a los dos por si querían pasar sus vacaciones en México. Pero también pueden irse a un hotel ¿no?

—¡Sabes muy bien que no pueden venir juntos por el colegio de los chicos, y que sólo vendrá Mónica, la muy fresca! Y que no irá sola a un hotel, porque después rajaría de nosotros ¿verdad?

—¿Y por qué Ismael no ha de venir? —se volvió, renunciando a mirar la plácida y moderna alameda que se estiraba higiénica y todavía con luz natural, por entre chalets de dos pisos que morían en la misma línea del tren, negruzca y reseca, dando paso a los modernos y grandes edificios de este lado.

—Dejémonos de historias... —sí, Martha lo desafió aún más, era la primera vez, cruzándose de brazos y lanzándole una mirada parda y brillante—. A ti no te gusta Ismael y él lo sabe; y la que quieres que venga es Mónica... —y hasta dibujó una sonrisa irónica y sabihonda.

No admitas jamás tus culpas, pensó él, y dijo tranquila y juiciosamente, pero Martha, se trata de tu hermana, dices

que te sientes sola cuando me voy al trabajo y vuelvo ya de noche. No es cierto que me disguste Ismael; así, de lejos, se me ha ido pasando el aburrimiento de verlo tantos años. Y, además, el pobre no conoce el extranjero; vendrán juntos, ya verás, y quizá nosotros cuatro, o a lo mejor ustedes tres, porque yo no podré ir, se divertirán en Acapulco y Puerto Vallarta...

Así le había tendido el anzuelo, la cortesía, el halago.

—Jo, jo —pero ella no se convencía—, y luego dices que no tenemos plata para gastos superfluos.

—Para las vacaciones siempre hay, no te quejes —sonrió por fin, la cosa iba saliendo—. ¿No fuimos el año pasado a Cozumel...? —y le pasó el dorso de la mano, como lamiéndola, por las mejillas hundidas que le gustaban, por los labios hinchados y juveniles, por la nariz pequeña y juguetera...

—Te lo digo muy tranquila, sin cóleras, pero de veras —trató de sonreír—: no me engañes, Toño, lo digo en serio.

—¡Cómo se te ocurre! ¿estás loca...? ¡Imposible! ¡Y con Mónica...! —y su risa fue oportuna, claro está, aunque no salió del todo natural.

Un beso, un abrazo, otro pase de la mano, esta vez por el cuerpo delgado y duro, y empezó la despedida:

—Bueno, debo irme, Pancho dijo a las siete.

—¿O sea que a ti solo? ¿Y Hortensia tampoco va?

—No, es un cóctel que da su compañía —mintió, pero protegiendo a Pancho.

Entró a afeitarse y apenas se encerró en el cuarto de baño no pudo esconder esa mirada en el espejo; el Toño de aquí seguía serio y se alistaba para el cóctel de un amigo, pero el otro se mataba de risa, la invitación a Mónica iba saliendo redonda, la gringa y él adivinaban sus gustos, ella vendría, estaba seguro, sólo faltaba saber si remolcaría o no al imbécil de Ismael.

Uno de los Toños se mataba de risa, pero colaboró en el afeitado, se puso muy compuesto en el momento oportuno, al rasurar el mentón y las comisuras; luego ambos

quedaron en silencio mientras la maquinilla no dejaba un pelo y se oían afuera los repetidos tacones de Martha, de uno a otro lado. De súbito, antes de salir, en el espejo sólo hubo un hombre todavía joven, reservado y medio abúlico, a quien arrancaban a la fuerza de su casa.

Salió en bividí hacia el dormitorio principal, al fondo del pasadizo, pero vio a Martha sentada en el vestidor, sosteniendo los visillos de la ventana y contemplando abajo la calle ya penumbrosa del ferrocarril, las primeras manchas de los elegantes árboles de Horacio, y más allá la enorme ciudad, el D. F., entre amarilla y neblinosa, extendida por dentro del melancólico silencio de esta mujer a quien, injustamente, él no hacía feliz, pues si había alguien que merecía serlo era Martha, tan devota y cosida a él que sólo se movía en torno suyo. Incluso le había ocultado la vieja historia de Mónica para proteger esa felicidad que parecía no existir. ¡Qué suerte la mía tener a las dos, pensó, pero al mismo tiempo qué desdicha necesitar de ambas, o, en fin, no vivir plenamente libre, sin ninguna de ellas!

—¿Cómo? ¿Qué tienes...? —hasta dudó en violar esa intimidad, entrando por fin en la habitación muda.

—¿Adónde vas, Toño? ¡Dime la verdad! —la exigencia, la duda fue auténtica, pero de un salto Martha ya estuvo en sus brazos—. Oh, perdóname, tienes razón, ve tú solo, es una reunión de hombres...

No dijo más, pero en su tono había algo escondido y palpitante. Ella había acertado, se trataba de un engaño, excepto el tiempo y lugar. Claro, pensó luego, anudándose la corbata, a una mujer no le puede gustar lo que hace Pancho ni que éste sea amigo de su marido.

Media hora después, tras de pasar por una florería, buscó esa clínica por las Lomas de Chapultepec: le habían dicho junto a una gasolinera, por la Y griega que empezaba al fondo de la Avenida de los Reyes. Al segundo intento la ubicó entre un bosquecillo de sauces. Estacionó el LTD frente a la misma fachada y preguntando aquí y allá acabó en el tercer piso, tocando una puerta entreabierta, y cuando la empujó del todo, Cecilia apareció como suspendida

en el aire sobre la gran cama blanca, rodeada de mujeres desconocidas, y allá, tras una mampara, el coro de hombres dando gritos de júbilo.

—Hola, guapa... —la besó, mezclando las flores con el abrazo—; felicidades, tenía que ser un machito.

—Toño querido... —cerró ella los ojos, cogiéndose fuertemente de su cuello, y luego se apartó para mirarlo bien—. Gracias por venir, ya estaban preguntando por ti. Eres el único de mi tierra, no me podías fallar —y ya le venía el lagrimeo.

—¡Toño, hombre, ven aquí! —el vozarrón de Pancho lo sacudió y él no hizo más que saludar a las cinco mujeres y cruzar la mampara, cuando ya tuvo el puro y el champagne en las manos, y el griterío de los amigotes de Pancho que lo palmoteaban, oh Toño, te perdiste los primeros chistes.

—Te felicito, hermano... —y miró de veras curioso al flamante padre, que lucía un saco nuevo de gamuza y un llamativo pañuelo de seda al cuello. ¿O sea que Pancho sentía lo que él no sentiría jamás?

Pancho sostuvo satisfecho la mirada y vino el gracias, mano, tú sí que eres un buen amigo, y fue lo único que dijo porque ya resurgían las voces masculinas que se contaban el último chiste o chisme. Los militares retirados están aquí de uniforme, pensó Toño, no es como en la casa de Cuernavaca, adonde todos van de civil.

Entre el buen champagne y los cuentos donde la vagina y el falo aparecían de mil modos, riendo y fumando gruesos puros, el grupo se repartió libremente por la terraza sembrada de maceteros, como si no estuvieran en una clínica. Cuando se alzó otro vocerío, del lado de las mujeres, los hombres irrumpieron en la habitación de Cecilia, y se dispusieron en torno al recién nacido, oh qué indio internacional, pensó Toño, muy digno de sus padres, oh qué hermoso y qué blanco, dijo una mexicana, este Pancho los sabe hacer ¿verdad?

Pancho y él volvieron a la terraza y se sentaron en el pretil, recogiendo sus copas de la mesilla de vidrio.

—De veras, te agradezco por venir —dijo Pancho.

—No tienes por qué, viejo, es un gustazo.

—Es que quiero explicarte... —se le arrimó, apretándole el brazo; el champagne y la algarabía lo habían vuelto más rojizo, aindiado y seboso que de costumbre, y casi no había contraste con la gamuza del saco tan caro. Tienes que entenderme.

—No hace falta que hables, te entiendo —y pensó te envidio, palabra.

—Pero es que quiero hablar... —Pancho entrecerró los ojos; la cara rojiza y sebosa, surcada de grandes arrugas en el hombre flaco y fuerte, exhibió la cicatriz de la sien en uno de sus movimientos; ahí estaba la marca que lo hizo abandonar la aviación—. Te parecerá extraño que hace poco estuvimos en otra clínica, celebrando el nacimiento de mi otro hijo...

—Calla, no necesitas... —pero no pudo interrumpirlo.

—Un hijo allá en Hortensia, otro aquí en Cecilia, no me creas un irresponsable, mano...

—Por supuesto que no —y Toño le acarició la nuca.

—Es que no se puede evitar... o mejor dicho no quiero... Me llevo muy bien con las dos. ¿Es difícil entender eso, muy difícil...? —y se quedó con la mueca prendida en la piel de indio moderno y civilizado.

Y las dos viven tan contentas, eso es cierto, pensó, no se trata de una broma.

—Dime una cosa, Pancho, sólo por curiosidad. ¿Se conocen las dos?

—¡Claro que sí, por supuesto! —respondió su amigo secamente, como si hubiera preguntado algo absurdo; pero en seguida sonrió, y puesto en pie, se preparó tanto a abrazarlo que Toño debió ponerse también al frente y resistir el apretón—. Y ahora nos vamos al departamento de Aguirre —bajó la voz, juguetón—; nos va a llevar unas viejas de dieciocho años, o sea que prepárate a montar yeguas bravas. Sólo estaremos los íntimos.

Pero al menos él lo cuenta todo, pensó, y para suerte suya Hortensia y Cecilia no son hermanas. Quiso marcharse, dijo que se bajaría por el camino, ya conocía el metálico y

frío final de las madrugadas, el cansancio y el insomnio molliéndole juntos la cabeza, el estómago herido por los tragos, y Aguirre y sus cinco viajes al año a Suiza, sin Toño, claro, inquietándolo a salir al amanecer y en su avioneta a Las Vegas, a jugar se ha dicho, adonde Toño no iría jamás a perder su escaso dinero. Pero se quedó con ellos, entró en el departamento de película y dos y tres horas después seguía con esos capitanes retirados ex profeso para volverse millonarios estrafalariamente semidesnudos o desnudos, pero con zapatos y sombrerones, estallando de risa por los chistes y con las yeguas bravas preparando el ambiente, rodando desnudas y lesbianas por la interminable alfombra blanca que se metía por todos los cuartos, inclusive por los baños. No quiso desvestirse, se quedó mirando la completa normalidad de esa gente que volvía extrañas y absurdas sus ropas. Yo con estas putas nunca más, se dijo, pero de un instante a otro les vio unos ojos de Mónica, una boca risueña y despectiva diciendo ven a la cama si puedes toda la noche, y pensó, ya me fregué con esa mujer, ahora tengo que escribirle una larguísima carta o llamarla por teléfono a Lima, aprovecha que no es tu departamento, Toño, tienes que llamarla.

Metiéndose en el primer dormitorio libre acabó con una sucedánea de Mónica para luego, echándola fuera, encerrarse y aló, dijo, larga distancia, señorita, una llamada urgente a Lima, por favor, a la señora Mónica Alberti, jamás decía Mónica de Ramírez, ojalá el metete de Ismael no estuviera en casa, aló, menos mal, hola amor mío, casi gritó como si la amara, condenado a morir sin ella en el destierro, hola mi Toño querido, mi cielo, esa sí que era una voz convincente, claro que estoy sola y recibí tu última carta, ya la contesté, oh Toño qué regio, me iré mañana o pasado, prepáralo todo pero los dos solos, ya sabes, arréglalo bien, chau, tesoro. Como lavado y renacido abrió y sólo entonces se sintió mareado por la mezcla de puros, whisky y champagne, no te acostumbres a lo que no ha de durar, qué hago yo con estos capitanes contrabandistas que ganan más que generales. Pero pagó el tributo, oyó los nuevos chistes,

bebió hasta la sorpresa de darse con que andaba inmóvil, con que tenía entre sus piernas unas ancas morenas que eran blancas y salió, como vomitado por el hartazgo, a las luces solitarias y abandonadas de la Zona Rosa.

No recordó cómo había manejado hasta la línea del ferrocarril de Cuernavaca, que cruzaba Horacio y dividía dos ciudades, la chata y la gigante. Estacionó probablemente en el sótano, menos mal, subió por la noche silenciosa y desolada, roída por el zumbido del ascensor hasta el séptimo piso, el de su buena o mala suerte, y tampoco hizo ruido al abrir por la cocina y avanzar por el pasillo verde y alfombrado. Un doctorcito que en vez de preparar sus clases universitarias ha salido de parranda con sus amigos ricos que le pagan todo. Lo esperaba la luz del dormitorio; la figura adormecida despertaría velozmente y le enrostraría su tardanza, ahí estaba el silencio de una larga mirada escudriñando y lamiendo implacablemente su rostro, su traje, su camisa, el interior de su cabeza. Pero no, la voz queda y civilizada le pidió disculpas por la escena de anoche, he sido injusta, no pude dormir por lo que había dicho. La perdonó enseguida y se acostó en el menor tiempo posible, entrando en la felicidad de tener a alguien como Martha, la amaba a ella, no a Mónica.

Por fin se durmió, no sería mucho. Ya el amanecer creaba minuciosamente las cosas y Martha rasgaría pronto esa niebla con su respiración tenue, invisible, secreta, y él solo, libre de testigos, pensaría que lo hecho estaba bien, Mónica no les estorbaba, era cierto, hasta que se durmió de nuevo así como alguien se cae o descuelga, y al reabrir los ojos no supo si sonaba el despertador o el teléfono, estoy en la ducha, contesta tú, chilló Martha, y entonces empezó todo, el aguijón del miedo, la necesidad de esconder y no sentir el frío de su frente.

—¿El señor Antonio Flores? Lo llaman de Lima; hable, señora.

—¿Mónica...? —se le salió, menos mal que Martha seguía en el baño—. ¿Cómo...? Sí, tía Lola, soy yo... ¿Qué co-